

CAPITULO CXVII.

Proyectos de D. Juan de Austria sobre Inglaterra. — Nómbrase Felipe II gobernador y capitán general de Flandes. — Situación de aquel país á su llegada. — Combates en Amberes. — Primeras medidas de D. Juan de Austria. — Paz de Gante.

En este año de 1575, y hallándose aun el Príncipe en Italia, llegaron hasta él las quejas de los católicos ingleses, escoceses é irlandeses que, oprimidos por la protestante Isabel y alentados por el renombre de que aquel gozaba, no vacilaron en ofrecerle la corona de la Gran Bretaña si conseguía libertarles de su opresora; agradóle la propuesta, y el mismo Pontífice manifestó considerarla ventajosa para los intereses de la Religión, procurando por cuantos medios estaban á su alcance que se realizase el proyecto, mas tanto empeño como los extraños tenían en ofrecer un trono á D. Juan mostraba su hermano en oponerse á ello, y este, como otros designios, no pasó tampoco á vias de hecho, antes bien, cuando poco despues fue nombrado aquel gobernador de Flandes, y á pesar de las advertencias del embajador Idiaguez, marchó á España á tomar instrucciones de su hermano; en la entrevista que en el Escorial tuvo con este, solo vagas frases y encubiertas esperanzas pudo obtener respecto á tal asunto, y ni aun consiguió recabar el suspirado título de Alteza.

En la mansion predilecta de Felipe II se hallaban tambien la Reina y los infantes, y la recepcion que hicieron á D. Juan fue tan afectuosa como expresiva, abrazándole el mismo Rey y levantándose al verle.

Vander Hammen, en su *Historia de D. Juan de Austria*, refiere con este motivo un incidente que no deja de ser curioso.

Parece que una vez que D. Juan hubo saludado á la Reina, fué á besar la mano al príncipe D. Fernando, y al bajarse dió un golpe tan fuerte al Monarca entre ambas cejas con la contera de su espada que Felipe, aturdido por el daño recibido, cayó desvanecido en tierra.

Semejante accidente sobresaltó á todos los circunstantes, y especialmente á D. Juan, causa de él, en términos que con acento tembloroso pedía á su hermano que le perdonase por el mal que le causara.

—«No tengais cuidado, le dijo el Rey, dad gracias de que no haya sido mas.

—¿Mas habia de ser? exclamó D. Juan; en tal caso ventanas habia aquí por donde arrojarse.

—¿Y por qué? añadió Felipe; nunca pasaria de ser una desgracia (1).»

Despues de la entrevista tomaron ambos hermanos el camino de Madrid, y pasados algunos dias, D. Juan, disfrazado, emprendió el camino de Francia, cuya nacion atravesó como criado de Octavio Gonzaga, en tanto que en España se hacian procesiones y rogativas públicas por el buen éxito de su empresa. Llegó al fin al Luxemburgo, donde vió á su madre Bárbara Blomberg que iba á la Península, llamada por Felipe II, y donde le dejaremos con objeto de enterarnos de las novedades que en Flandes habian ocurrido desde que se recibió la noticia de su nombramiento para el gobierno de aquellos países hasta su llegada á ellos, novedades que, á decir verdad, eran nada agradables.

Dejamos á los del Consejo divididos en dos bandos: á las tropas, parte insubordinadas, y teniendo que obrar por su cuenta las restantes: el pueblo inquieto y levantisco, y á los orangistas atizando el fuego cuanto les era posible, y como tal cúmulo de circunstancias debia producir forzosamente resultados nada halagüeños, y como en el Estado faltaba lo principal, que era cabeza, Sancho Dávila se disponia con el Consejo, este trataba de intimidar á los sublevados de Alost, y á los de Amberes reducirlos por medio de dinero; ellos exigian el abono completo de todos sus atrasos, y el desórden y la confusion aumentaban de dia en dia.

Al fin la anarquía y los manejos de los orangistas produjeron su fruto, y el señor de Hesse, Guillermo de Horn y el preboste de Brabante, Glimen, ayudados por alguna gente armada, se apoderaron del conde de Mansfeld, de Berlaymont, del presidente Viglio, y de todos los consejeros pertenecientes al bando de los hispanienses; nombróse general de Brabante al duque de Arschof; se convocaron los Estados generales; publicóse un edicto pregonando como rebeldes á los españoles, y se ordenó un armamento general del pueblo.

Propagóse rápidamente el movimiento de Bruselas á las demás poblaciones, y pronto la situación de las tropas reales no fue muy desahogada, pues apenas si podian salir de los fuertes que guarnecian sin ser hostilizadas por el paisanaje; en Maestricht, los alemanes se declararon por los rebeldes, y arrojaron al arrabal á los españoles que solo despues de reñidos combates consiguieron volver á dominar la poblacion; no menos de diez y seis eran las provincias sublevadas, todo el país hostil, y menester era el heroismo de nuestras tropas para conseguir, no solo sostenerse, sino causar molestias y daños de no poca consideracion al enemigo, esceptuando á los amotinados de Alost, que permanecian inmóviles en la ciudad, no saliendo de ella hasta ver á sus compañeros en grave aprieto.

Originó este la traicion de Champagne, gobernador de Amberes, y del conde de Ewertein que facilitaron la entrada de los orangistas en la ciudad, á pesar de Sancho Dávila, que mandaba la fortaleza. Acudió este en demanda de auxilio á sus compañeros, y

(1) *Historia de D. Juan de Austria*, lib. VI.

todos, hasta los de Alost, acudieron en su socorro, dándose récios combates entre los flamencos, acaudillados por Felipe de Egmont, hijo del ajusticiado, y los españoles que mandaba Dávila, que terminaron por la expulsion de aquellos de la ciudad con no pocas pérdidas, contándose entre ellas la del traidor Ewertein que, al querer saltar á una barquilla, cayó al agua y se ahogó, y la de Egmont, que quedó prisionero. En el combate fueron quemadas mas de ochenta casas y el palacio del Ayuntamiento, y terminado aquel, la ciudad sufrió un horrible saqueo por espacio de tres dias sin que fuera posible contener á la desenfadada soldadesca (1).

En este estado el país fue cuando D. Juan de Austria llegó á Luxemburgo, única provincia que se mantenia fiel, y dejando el incógnito, manifestó su calidad al señor de Navés, que la gobernaba en nombre del conde de Mansfeld, preso en Bruselas por los rebeldes. Escribió desde allí D. Juan á los diversos cuerpos de tropas españolas que en Flandes habia, ordenándoles suspender las hostilidades contra los estados, órden que aquellos obedecieron tan puntualmente, que ni aun socorrieron el castillo de Gante, atacado por veinte mil flamencos.

A pesar de esta medida conciliadora, negáronse los estados á admitir á D. Juan como gobernador, sin que antes confirmara la paz que ellos habian hecho en Gante con el príncipe de Orange, paz que comprendia veinte y cinco capítulos, uno de los cuales era la salida de los españoles y de todas las tropas extranjeras del país; consultó el Príncipe á sus dos consejeros Octavio Gonzaga y Juan de Escobedo, y siguiendo el dictámen de este último, que le inclinaba á aceptar el arreglo, y teniendo en cuenta que se consignaban en el tratado el mantenimiento de la religion católica y la obediencia al Monarca, decidióse, con consentimiento del Rey, que se publicara el arreglo en Bruselas el 17 de febrero de 1577 con el nombre de *Edicto perpetuo*, y en cuya virtud el Príncipe pasó á Malinas y Lobaina, donde fue proclamado gobernador, con extraordinaria pompa y aparato.

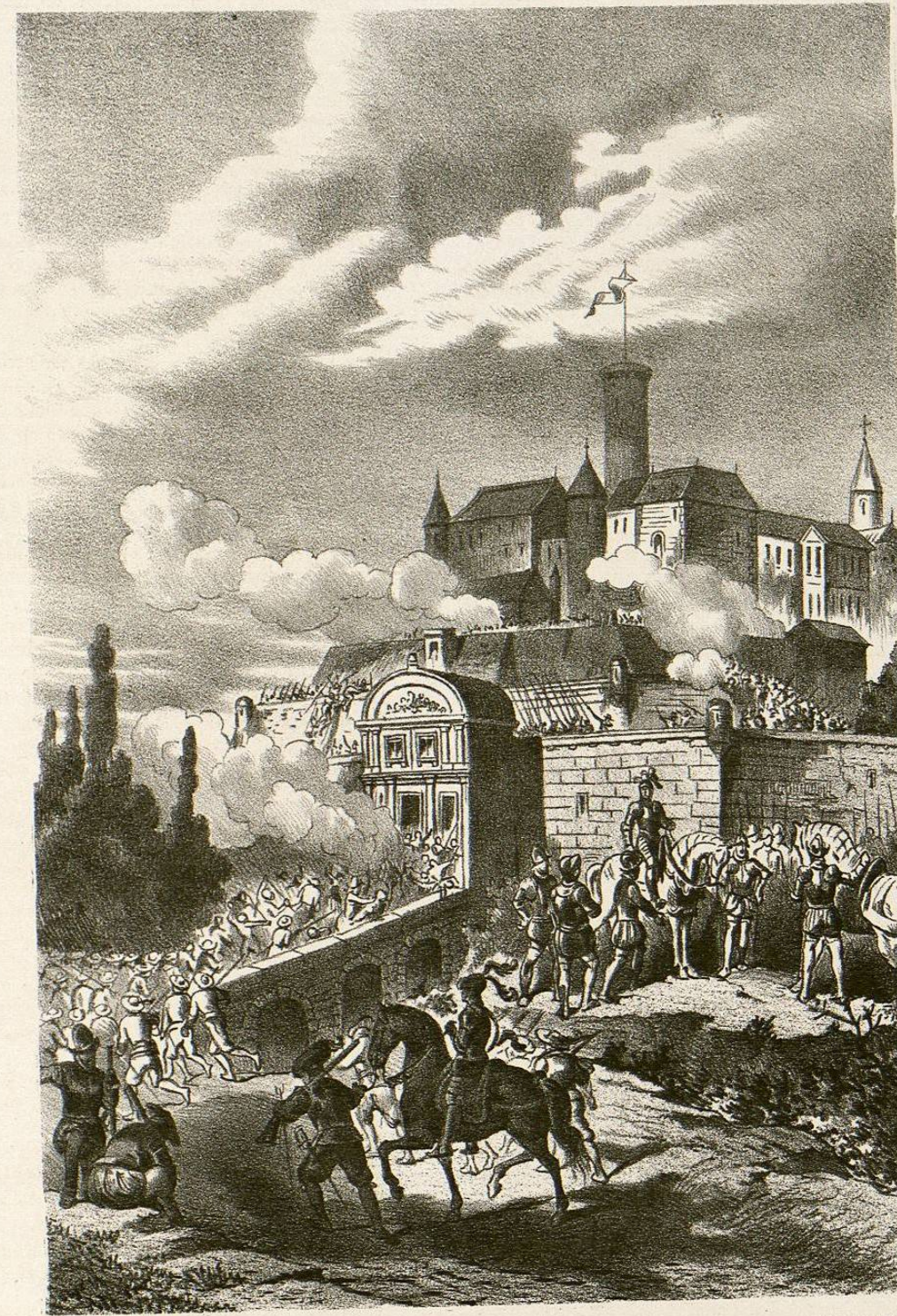
Despues de este acto procedióse á ejecutar el tratado en lo tocante á la salida de las tropas españolas. «Escusado es, dice un historiador moderno, ponderar la pena con que cumplirian los veteranos españoles la órden de salir de un país tan regado con su sangre, y en que cada villa, cada lugar, cada colina y cada rio recordaban alguna proeza suya. Con dolor, y aun con indignacion, iban entregando las fortalezas que á costa de heroismo habian conquistado y mantenido. El valeroso Sancho Dávila, aun despues de recibir una carta del Rey en que le mandaba entregar el castillo de Amberes á quien D. Juan de Austria le señalase, encomendó á otro la entrega por no presenciaria. Menester fue para evitar un disgusto y un arranque de despecho que interviniera y los exhortara el secretario Escobedo para que aquellos esforzados guerreros dieran sin replicar aquella plaza recien conquistada al mismo conde Arschof, su enemigo; bien que jurando este guardarla y sostenerla á nombre del Rey. Juntas todas las tropas en Maestrich y hecho el canje de los prisioneros, sin dar mas que una parte de paga á los españoles, salieron mustios y enojosos para Italia, conducidos por el conde de Mansfeld, bien que unos desertaron despechados pasándose á servir al rey de Francia, y otros, derramados despues por las estériles montañas de la Liguria para librarlos de la peste de Milan, acabaron sus dias tristemente, quejándose de la ingratitude con que decian eran tratados.»

Grande era, como se ve, la diferencia entre la situación de Flandes y la conducta del Rey en 1567 y 1577; en la primera de estas fechas, cuando aun era posible un amistoso arreglo entre los flamencos y el Monarca, cuando aquellos solo pedian que se respetara la libertad de sus conciencias, cuando aun no habian perdido el respeto á la majestad real, y disponia esta de considerables fuerzas en Flandes, Felipe II no quiso escuchar proposicion alguna de avenencia, desoyó los consejos de las personas que, conocedoras de la situación del país, se inclinaban á la moderacion, y envió de gobernador al duque de Alba que, con la dureza de su carácter, con su intransigencia y con las medidas opresoras y tiránicas que adoptó, acabó de exacerbar á aquellos antes tan pacíficos súbditos.

En 1577 la situación habia cambiado por completo. Los flamencos, agueridos por una no interrumpida lucha de algunos años, instigados y alentados por el partido del de Orange, cuya ambicion habia crecido y robustecidose á compás de los reveses de los españoles, creidos tal vez en la impotencia de estos, presentábanse ya, no como suplicantes, sino imponiendo condiciones, y D. Juan de Austria, el vencedor de los moriscos y de los turcos, ó comprendiendo lo precario de la situación, ó deseoso de desembarazarse de las complicaciones del gobierno para emprender la expedicion á Inglaterra, proyecto aun no desechado de su mente, consentia en transigir con ellos, y firmaba la paz de Gante, no muy honrosa para el héroe de Lepanto ni para la nacion que representaba.

Pero semejante paz no podia ser duradera, y á pesar de las excelentes condiciones del Príncipe y del influjo de su nombre, las hostilidades no tardaron en renovarse, dando dias de luto todavía por mucho tiempo á aquel país.

(1) Estrada, *Guerras de Flandes*. Dec., I, lib. VIII.—Mendoza, *Comentarios*, lib. XV.



J. SERRA. LIT.

LIT. VIDAL. OLMO 23

TOMA DEL CASTILLO DE NAMUR POR D. JUAN DE AUSTRIA.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26

CAPITULO CXVIII.

Estériles resultados que dió la paz de Gaule.—Intrigas del príncipe de Orange.—Renúvase la guerra.

FRENTE á un enemigo taimado y astuto como era el de Orange, poco podía prometerse de beneficioso D. Juan de Austria respecto á la paz que acababa de ajustar; así fue que esta no tardó en romperse.

Enemigo irreconciliable de los españoles, el de Orange, dominando las dos provincias marítimas de Holanda y Zelanda, comenzó por negarse á comprenderlas en el edicto perpétuo para terminar esparciendo la especie de que D. Juan no cumplía el edicto, puesto que á las ciudades no se les restituían sus antiguos privilegios; que no habían marchado de Flandes los tudescos; que en el Luxemburgo y Borgoña estaban escondidos los españoles, y, finalmente, que el austriaco, denunciador respecto de Felipe II de los tratos que mediaran entre el príncipe D. Carlos y los flamencos, tenía establecida bajo un exterior benigno, una inquisición mucho peor que la de España.

Semejantes especies diestramente propaladas y ávidamente acogidas en un terreno donde las simpatías estaban muy léjos de ser favorables á los españoles, no podían menos de producir resultados muy contrarios á los que D. Juan se propusiera con el plan de conducta que se había trazado.

Los mismos consejeros y diputados que se mostraran mas afectos á D. Juan volviéronle la espalda, y tal efecto hubieron de producir las calumnias tan hábilmente esparcidas por el de Orange, que aquellos que mas motivo de agradecimiento debían tener hacia el de Austria, olvidando los pasados beneficios y cuantas mercedes de él recibieran, mostráronsele completamente hostiles para concluir siendo sus declarados enemigos.

Y no paró aquí la enemiga que el príncipe de Orange abrigaba contra el hermano de Felipe II; varias conjuraciones formáronse bajo el patrocinio de aquel para quitar á este la vida, conjuraciones de que tenía noticias la persona amenazada por medio de secretos avisos, en que se le designaban las personas que habían salido con objeto de prenderle y aun tal vez de arrebatarle la vida si encontraban ocasion propicia para ello, pues como ya hemos tenido ocasion de ver, no se reparaba mucho en los medios con tal de conseguir el fin.

Tan grave llegó á ser la situación del de Austria, que comprendió perfectamente la necesidad en que estaba de prevenirse para los males que veía en perspectiva, y en su consecuencia, al convencerse de que la traición vivía cerca de él, que sus enemigos aguardaban únicamente un momento oportuno para desembarazarse por completo de su persona, decidió obrar de una manera que no excitase las sospechas y que le permitiera ganar tiempo á fin de que no le cogieran desprevenido, pues ya veía que se estaba espionando el momento oportuno para herirle con entera seguridad.

Como quiera que en Bruselas se hallaba en continuo peligro, acudiendo al pretexto de que tenía que arreglar en Malinas las cuentas de las pagas que aun se debían á los tudescos, al objeto de que estos evacuaran aquel país, salió de Bruselas, y una vez en Malinas, empleando un ingenioso ardid que, aun cuando no muy conveniente para su clase, le permitió apoderarse de la fortaleza de Namur el 24 de julio de 1577, destruyó por medio de este golpe de mano los proyectos que respecto á él tenía formados y consideraba ya como seguros el príncipe de Orange, toda vez que no contaba con fuerza suficientes para poder contrarrestar las numerosas que él tenía á su disposición.

La situación de D. Juan nada de agradable tenía, puesto que de todo se veía obligado á recelar, y se hallaba sin elementos para el caso muy próximo de que sus enemigos, arrojando la máscara por completo, le presentaran la batalla; así fue que, por medio de su secretario Escobedo, envió á Felipe parte detallado de todo, pidiéndole el apoyo y los recursos que necesitaba, recursos que día por día se hacían mas precisos.

Al mismo tiempo desde Namur envió emisarios con cartas para los senadores y diputados de las provincias flamencas, cartas en las cuales se quejaba de la conducta con él observada, enviando á algunos de ellos comprobantes de las conspiraciones urdidas contra él, diciéndoles, por último, que no volvería á entrar en los estados mientras no rompieran toda clase de relaciones con el de Orange, y no se procediera con justicia contra los autores de aquellas iníquas tramas, esperando de su recludad y de su justicia que atenderían sus quejas evitándole para lo sucesivo nuevos disgustos.

Sin embargo, como que en el ánimo de la mayoría de aquellos pesaban mucho mas las palabras del de Orange que las quejas de D. Juan, diéronse á propalar la especie de que el de Austria, con aquellas falsas imputaciones, buscaba solamente el pretexto para romper de nuevo las hostilidades, faltando de esta manera á lo que había tan solemnemente prometido.

Fácilmente se comprende que, en el estado en que los ánimos se hallaban, existiendo por medio una ambición insaciable y resentimientos mal adormecidos y venganzas no satisfechas, la guerra era inminente; estaba ya en la conciencia de todos, nadie dudaba de su proximidad, veíanse claros todos los horrores que había de llevar consigo, y era preciso estar dispuestos para ella.

Así lo comprendía D. Juan, y como quiera que la situación se

ennegrecía por momentos y el peligro se aproximaba, escribió á aquellos antiguos y aguerridos tercios de Flandes, que se hallaban acantonados en Italia, el siguiente llamamiento, que transcribimos íntegro por el extraordinario afecto, por la ternura y militar elocuencia que resaltan en él.

Dice así:
«A los magníficos señores, amados y amigos míos, los capitanes y oficiales y soldados de la mi infantería que salió de los Estados de Flandes:

«Magníficos señores, amados y amigos: el tiempo y la manera del proceder destas gentes ha sacado tan verdaderos nuestros pronósticos, que ya no queda por cumplir dellos sino lo que Dios por su voluntad ha reservado. Porque no solo no han querido gozar ni aprovecharse de las mercedes que les truxo, pero en lugar de agradecerme el trabajo que por su beneficio había pasado, me querían prender á fin de desear de sí religion y obediencia. Y aunque desde el principio entendí, como vosotros confirmaste siempre, que tiraban á este blanco, no quise dejar de la mano su dolencia, hasta que la ejecución del trato estuvo muy en visperas. Y entonces me retiré á este castillo, por no ser causa de tan grande ofensa de Dios y deservicio á S. M. Y como los mas ciertos testigos de su malicia son sus propias conciencias, háñse alterado de tal manera, que toda la tierra se me ha declarado por enemiga, y los Estados usan de extraordinarias diligencias para apretarme, pensando salir esta vez con su intencion. Y si bien por hallarme tan solo y léjos de vosotros estoy en el trabajo que podeis considerar, y espero de día en día ser sitiado, todavia acordándome que envío por vosotros, y como soldado y compañero vuestro no me podeis faltar, no estimo en nada todos estos nublados. Venid, pues, amigos míos: mirad quán solos os aguardamos yo y las iglesias y monasterios y religiosos y católicos cristianos, que tienen á su enemigo frente y con el cuchillo en la mano.

«Y no os detenga el interés de lo mucho ó poco que se os dejase de pagar; pues será cosa muy ajena de vuestro valor preferir esto, que es niñería, á una ocasion donde, con servir tanto á Dios y á Su Majestad, podeis acrecentar la suma de vuestras hazañas, ganando perpétuo renombre de defensores de la fe, y obligarme á mí para todo lo que os tocare, mayormente de lo que me dejaredes de cobrar allá no perderéis nada, pues yo tomo á mi cargo la satisfacción dello, y así como tengo por cierto que S. M. tomará este negocio con las veras y en la calidad que le obligan, y en la misma conformidad hará las provisiones, lo podeis vosotros ver que yo os amo como hermano; y las ocasiones que os esperan no consentirán que padezcáis, porque no dudo que acudireis al nombre y ser de cristianos, españoles y valientes soldados, y buenos vasallos de Su Majestad, y amigos míos, hareis lo que os pido con la liberalidad, resolución y presteza que de vos confío y conviene...

«No me alargaré mas á encarecer este negocio; solo diré que este es aquel tiempo que mostrábadese deseos todos de militar conmigo, y que yo quedé muy alegre, y que las cosas han llegado á este extremo de pensar de que ahora se me ha de cumplir el deseo que tengo de hallarme con vosotros en alguna empresa, donde satisfaciendo vuestras obligaciones, hagamos algunos servicios señalados á Dios y á S. M.

«Esta carta pase de mano en mano. N. S. guarde vuestras magníficas personas como deseais. Del castillo de Namur á 15 de agosto de 1577.

«A los magníficos ordenadores, vuestro amigo, D. Juan.»
Enterado Felipe II de lo que ocurría por el secretario Escobedo, aprobó lo hecho por su hermano, y dió orden de que regresaran á Flandes los tercios viejos de españoles que estaban en Italia, y á los vireyes de Milan, Nápoles y Sicilia para que acudieran con sus tropas, disponiendo que tambien fuera el príncipe de Parma Alejandro Farnesio.

D. Juan entre tanto, manteniendo una activa correspondencia con los Estados al objeto de convenir en una paz permanente, ganó un tiempo precioso que los flamencos no supieron aprovechar, toda vez que en Namur se encontraba D. Juan casi solo é incapaz de resistir á sus poderosos enemigos y pasando los dias, este iba á encontrarse de muy distinta manera.

El de Orange á su vez, previéndose para lo que pudiera suceder, pues algo principiaban tambien á sospechar, escribía á los diputados que se apoderaran de las importantes plazas de Breda y Bois-le-Duc, que todavia ocupaban los tudescos, y haciéndose nombrar conservador de Brabante, dirigióse á Bruselas, donde hizo su entrada al frente de un numeroso cuerpo de arcabuceros, siendo recibido con gran entusiasmo.

Divididos se hallaban los mismos orangistas respecto á la persona á quien investirían con la autoridad real, toda vez que, para dar algun prestigio á su causa, comprendían que así debían hacerlo, y aun cuando algunos sostenían al duque de Alençon, hermano del rey de Francia, decidieron por el archiduque Matías, perteneciente á la casa de Austria, hermano del emperador Rodolfo y sobrino por lo tanto del rey de España, seguros de que con este era mas ventajosa su elección.



BATALLA DE GEMBLoux